

ESCAPAR A LA MUERTE

por Arie WEISBROT, Haifa

Cuando era niño, estudiaba en un "*cheder*", en mi pequeño pueblo de Kutno, que estaba detrás de la casa de baños al lado del matadero de aves. Muchos fueron mis maestros: Moshe-Mordechai z"l, Yehuda Noah Zandberg z"l, Yechiel Węgrówer y otros. Recuerdo especialmente al Sr. Yehuda Zandberg, quien logró ilustrar vívida y plásticamente las historias de la Biblia, hasta que la vida se presentó ante nosotros, como si nosotros mismos fuéramos socios en los acontecimientos de los narradores. Viví el éxodo de Israel de Egipto como si yo mismo saliera de una casa de esclavitud, cruzara el Mar Rojo y emigrara a la tierra de destino.

Pero entendí el éxodo de Egipto como una ensoñación o un sueño y no podía imaginar que sólo unos pocos años pasarían y detendrían los precursores de otro éxodo – no a la tierra de la libertad y la redención, sino al éxodo – la deportación y la expulsión de casa, donde vivíamos mis padres y yo – a la tierra de la aniquilación, la tortura y la destrucción.

Cuando las autoridades nazis de Kutno ordenaron a los judíos que abandonaran sus hogares y se concentraran en el gueto que habían creado en la fábrica de azúcar en el camino a Krośniewice, toda la ciudad se convirtió en un gran manicomio. La desesperación, la falta de consejos, la locura y la desesperanza se apoderaron de todo. La gente –padres de niños que ayer eran omnipotentes a los ojos de sus hijos– corrían por las calles sin saber qué hacer, cómo

manejar la nueva realidad. Todos querían conseguir un carro para transportar los pocos bienes muebles al nuevo lugar de deportación, todos querían ser los primeros en llegar al gueto asignado a los judíos de Kutno. Al llegar al lugar nos encontramos con un gran almacén, que no tenía tabiques ni ventanas ni puertas. Los niños se divirtieron con la nueva situación. Corrieron por todas las habitaciones, treparon a los tejados y bajaron a los sótanos. Pero los padres entendieron muy bien la situación, aunque tampoco podían imaginar los horrores que les esperaban en ese lugar. Desde el primer momento surgieron los problemas: ¿dónde cocinar? ¿cómo conseguirán agua? ¿Alimento? Y lo más importante: ¿dónde establecer a todos los judíos deportados en las ruinas de esta fábrica, que desde la primera hora ya estaba llena y abarrotada de judíos?

De hecho, la situación se hacía cada día más insoportable. La gente yacía en cada rincón de cada edificio y al aire libre. Dondequiera que iban llevaban consigo sus escasas posesiones, que eran empaquetadas en sacos o fardos. También creían que algún día regresarían a sus hogares y que deberían conservar parte de sus propiedades, fruto de una vida laboral.

At first the entrance and exit to and from the ghetto was free, we could still trade with the Christians, we went out to work – who to the train station, to a cigarette factory, to clean the city or any other job that came up. In the



La deportación al gueto

evening we returned to our "place of residence". Kruk and Weisbrot cafes, a bakery, shops, a hospital, a bathhouse, a water-pump, a toilet, and a general restaurant for the neediest were also established in the ghetto. But needy, we were all – and so we stood in line from morning until noon, in order to get some thin soup, which reminded me of Mother's laundry water. But seeing also the manager or the principal Klapper in line for a colorful soup, with a kettle made of crystal in their hands and waiting for their dish, we completely forgot about the taste and color of this soup.

Sin embargo, estas condiciones aparentemente "cómodas" no duraron mucho. Con la llegada del invierno, la vida en el gueto se convirtió en un infierno multiplicado por siete. Problemas, sufrimientos y angustias indescriptibles comenzaron a perseguirnos, uno tras otro. Primero se cierra el gueto: no se puede salir ni entrar.

Había un hambre creciente en el gueto. La gente caía en la calle de cansancio, porque durante muchos días ni siquiera un trozo de pan seco le llegaba a la boca. La cola para la cocina pública crecía día a día y no podían contentar y proporcionar un plato de sopa a quien lo solicitaba. Y al hambre de pan se sumaban las muchas enfermedades debidas a las lluvias y nieves, pues muchos dormían al aire libre durante los meses de verano, pero con la llegada del invierno el clima los destruía. La gente tenía neumonía y tifus. Muchos murieron, y sólo ante ellos se abrieron las puertas del gueto. Para el resto de sus habitantes permaneció cerrada con candado y llave. El comercio con los cristianos también se paró, tanto porque las puertas del gueto estaban cerradas como porque los cristianos ya no tenían nada con qué comerciar.

Es fácil imaginar que en este contexto surgieron riñas, conflictos y peleas. Gritos, llantos y golpes no eran infrecuentes en estas condiciones.

Sin embargo, cabe señalar que no todo el mundo ha resultado gravemente perjudicado de esta manera. También había residentes del gueto que vivían en condiciones ligeramente mejores. Los cafés de Kruk y Weisbrot todavía estaban abiertos y la gente los visitaba y comía allí hasta saciarse y bebía diversas bebidas y pensaba que el mal no los alcanzaría.

Mi padre, que trabajaba en el pueblo de Sójki¹, como zapatero, me enviaba algunos alimentos por medio del lechero que proporcionaba leche a Stuczyński, pero la situación empeoró y el lechero dejó de visitar el gueto. Mamá estaba perdida, no tenía nada con qué alimentarnos. Mi hermana Ryvka enfermó de tifus y mi hermano Kalman, que tenía siete años, le pedían a mi madre una rebanada de pan y ella sólo podía darnos las lágrimas que seguían brotando de sus ojos. Pero sus lágrimas también se secaron, sólo aumentaron sus suspiros, pero no sacudieron el cielo. ¿¡Hay mayor dolor que el de una madre cuando ve a sus hijos pidiendo pan y queda desamparada!?

Yo, el hijo mayor, decidí ir con papá al pueblo y ver qué le había pasado. Mi madre, mi hermano y mi hermana zl me acompañaron hasta la valla occidental por donde

pasaba la alcantarilla del gueto y salí al otro lado. Desde el exterior, alemanes armados vigilaban y disparaban sin avisar a cualquiera que intentara escapar del gueto. De hecho, como estaba a sólo unos metros de la valla del gueto, los alemanes empezaron a dispararme constantemente. Aún así, logré llegar a la carretera principal. Aquí, niños traviesos no judíos comenzaron a perseguirme, exigiendo dinero y arrojándome piedras. Aún así, logré evitarlos y llegué al camino que conduce al cementerio judío. Aquí descansé un poco y me dirigí hacia el pueblo de Sójki. Los alemanes corrieron por todas partes, recorrieron calles y caminos y nadie se interpuso en su camino. Cuando me encontré con uno de ellos, fingí no verlo. Lleno de terror y miedo finalmente alcancé a papá. Al verme rompió a llorar de alegría, porque estoy ante él vivo y completo. Él sabía muy bien el camino peligroso que tenía que atravesar. Le conté todas las historias sobre nosotros, la madre y sus hijos, sobre nuestros sufrimientos y problemas. Pero la situación de papá no era mejor que la nuestra. Él también vivió todo el tiempo por miedo a los alemanes. Visitaban el pueblo a menudo y él no sabía cuál sería su destino en una hora. Él pasaba las noches en el establo y allí también yo dormía con él por las noches. Al día siguiente, mi padre me dijo de no volver al gueto.

Así, se tomó la decisión y no volví con mi buena, querida y fiel madre, ni con mi hermana Ryvka y mi hermano Kalman, ni con el resto de mi familia y amigos con los que crecí.

Decidí ir al pueblo de Kłodawa con mi familia. En el camino me vi obligado a pasar por Kutno. La ciudad estaba llena de alemanes, aquí estaba un alemán andando en bicicleta y un judío corría delante de él y yo no entendí el significado de esto y nuevamente fingí no verlos. Llegué a nuestra sinagoga. Jugaban niños cristianos, entre ellos conocí a los hijos del alemán Hoffman. Desafortunadamente, ellos también me conocían y empezaron a perseguirme con cuchillos. De repente, vi a niños cristianos que recientemente habían sido nuestros vecinos antes de que se estableciera el gueto. Me salvaron del asesino Benny Hoffman, a quien mis antiguos vecinos le habían prometido muchos otros niños judíos en mi lugar. De esta manera escapé de las manos de los pequeños asesinos.

Fui "libre" para continuar mi camino. Pasé por las calles judías, que me eran tan familiares, donde crecí, me regocijé y lloré. Ahora hay silencio de muerte por todas partes. Todo sangraba, todo estaba congelado y moribundo. Como si los fantasmas se hubieran apoderado de nuestras calles y barrios. ¿Adónde se ha ido la vida rica, llena de acción, iniciativa y vigor? ¿Dónde desaparecieron los judíos con sus comercios, sus oficios y sus compras y ventas? El ángel de la muerte en forma de nazi alemán celebró su victoria total, que ni siquiera el antisemita más horrible había soñado. Las casas, las tiendas, los talleres – todo está destruido, destruido y sus dueños judíos ya no existen – un cementerio, muerte y destrucción por todas

¹ NdT: unos cinco kilómetros al norte de Kutno.

partes. Ya no podía soportar la vista a mi alrededor. Escapé de aquí como perseguido por el ángel invisible de la muerte. Salí, como ya he dicho, hacia el pueblo de Kłodawa, para buscar a mi familia.

Cerca de la fábrica de tabaco, que limitaba con el gueto, judíos junto a la valla me miraban, pero no hablaban para no llamar la atención de los alemanes. Aquí mi conciencia comenzó a atormentarme nuevamente, porque había dejado a mi querida madre, hermana y hermano y huí y los dejé en sus sufrimientos y problemas. ¡Nunca podré perdonarme por este acto!

Cuando llegué al pueblo de Kłodawa era sábado por la noche. Aquí en la aldea de la vida las cosas todavía iban bien, los judíos iban a la sinagoga vestidos con ropas de Shabbat. En casa, se encendían velas de Shabbat en las mesas y las familias judías comían su comida de Shabbat como si el mundo de ayer todavía existiera. No conocían las hazañas de los alemanes y ni siquiera imaginaban la magnitud de las atrocidades que también estaban preparando contra los judíos del pueblo de Kłodawa. Pero lloré amargamente y les conté la horrible realidad, los asesinatos, el hambre y el miedo en que viven los judíos de

Kutno, que se encuentran a sólo unos kilómetros de ellos. Por un rato los saqué de su mundo todavía pacífico, porque no sabían lo que les esperaba.

Supe que, al día siguiente de mi fuga del gueto, varios judíos habían sido asesinados a tiros, entre ellos el hijo menor del zapatero Buksztajn y el hijo del viejo Ercbajn² (Altkreiner), y los problemas tampoco terminaron aquí. Como extranjero en Kłodawa, tuve que ir a trabajar para la comunidad en lugar de uno de los miembros de la familia con el que me alojaba y a cambio recibía pensión alimenticia y alojamiento. Sin embargo, ni siquiera esta situación duró mucho. Una noche de 1941, la policía alemana me despertó y me llevó a un campo de trabajos forzados hasta llegar a Buchenwald, donde me liberaron. Por la mañana me trasladaron con otros jóvenes a Koło y de allí al campo de trabajo de Nowe Miasto, cerca de Poznań. Luego comencé a migrar de un campo de trabajo a otro hasta que llegué al campo de Buchenwald, donde fui liberado. En este campamento conocí a mucha gente de Kutno. No es necesario decir mucho sobre el campo de Buchenwald, porque a muchos de nosotros los campos de trabajo nos parecieron fantásticos.

² NdT: Según nuestros datos, los apellidos de las personas asesinadas eran Perec, Nosol, Buksztajn y Ertman. Este último es probablemente el "Ercbajn" mencionado aquí.